

Del libro: *En la tormenta la música*

CUATRO

Estuve tan cerca del infinito como sólo un hombre muerto pudo estarlo. Por qué no recoger la flor enferma que se revuelca en la piel trisada de la ciudad. Cuántas veces se quedó enganchado mi hueso en la espina más sórdida del hormigón. Cuán discreto fui al no abrazar el viento helado que golpea las casas en la periferia del mar gris y sólido que pasea por las calles. Quién ha visto esa estrella alegre con su cáncer escoltando la vía láctea. Todas las mujeres son hermosas, pero prefiero aquella que besa con saliva de luna, la que acude a la cita en el rincón más agitado del universo. Debo decir que fui yo quien le levantó la falda cuando dormía en el bosque de cieno, fui yo quien la enredó entre sus perversos dedos azules para roer su tenue alegría. Conmigo se acostó y le conté un cuento lleno de luceros grises. Y cómo podemos volver a la ciudad que mente, me dijo; voy a subir a tus rodillas y jamás bajaré, le dije mientras un pájaro alegraba el canto de nuestros cuerpos. Al final del alba y de su palabra, debo seguir muriendo en la ciudad, le dije. Cómo puedes sonreír en medio de esos pétalos que estrangulan tus tardes, me preguntó; le dije, la tarea del mundo es arrojar al barranco hondo de la ciudad y yo salí ileso de él mientras los demás agonizan con su muleta astillada. Fui yo quien salvó al asesino mientras cruzaba el desierto con un par de maletas vacías, escanciamos el vino que corría veloz por las venas, agitado el sol sabe esconderse cuando dos cuerpos dibujan navajas bajo la sed del cielo.

Quiero el peor discurso del tiempo acunado en mi oído, necesito el coraje del hombre que agoniza aplastado por el peso del tedio. Te desnudé ciudad de hospicio, me embarqué hacia el peor de los climas y supe salir victorioso de tu ola de abandono. Que arremeta contra mí la eternidad, espero aquí con mi reloj calcinado, con este velero tan pobre que apenas cabe en mis zapatos. Solo y callado crucé el infinito, mirando el polvo de mis pies, donde descansa la huella de mi último llanto.

CINCO

Todas las mujeres me quieren. ¡Húmedas y perversas me buscan en sus dedos, en el trueno que agita sus ventanas! Todas las mujeres me quieren, las escucho tras mis pasos, estirando la mano temblorosa en busca de mi huella, me rodean cientos de alas, cientos de bocas con sus resecaas quimeras. Todas las mujeres me quieren, solo hay que mirar alrededor mío para saber que me siguen y me aman, yo las conocí luego de la travesía del mar ruidoso, las conocí una madrugada, cuando descubijada mi alma se escondía en la casa de la infancia, ahí estuvieron ellas, yo las vi, me brotaban por los ojos en forma de lágrimas, salían de mis manos en forma de frutas, sus voces las guardé en la campana del pecho, en el baúl soterrado por la indiferencia de la lluvia. Me quieren y las dibujé sin rostro, sin más grito que su propio lamento, todas las mujeres me quieren, son tantas y me quieren tanto que nunca vivo solo, cruzo las calles prendido de su cintura, de la curva exacta de su espalda; todas las mujeres han llorado por mí, han llorado bajo mis párpados por sus muertos, por sus sueños estancados en la esquina de un cielo hostil; me quieren, lo juro, me miran y yo las abrazo y son tantas piernas que caminan por mí. En mi cabeza habitan tantas, con su despedida y su hazaña de cuando cruzaron a pie el océano por verme agonizar en la espantosa melodía de la resaca; viven conmigo tanto que son mis huesos y estas manos que se arrojan al vacío; todas las mujeres me quieren, repito, aunque esto suene a desesperación o desamparo, a aullido sordo; me quieren, sí, juro que me quieren y no pueden negarlo, he visto en su risa palpitante mi nombre, mi grito guardado en su tormenta. Sin asombro, sé que me quieren. Todas las mujeres me quieren y no hay que darle más vueltas al asunto; será por el insoportable olor a soledad que guarda el mundo que ellas se arrojan a seres mutilados y dementes, será porque odian a los fantasmas que a carcajadas desmoronan sus esperanzas desde el espejo, será porque guardan en su seno el deseo de curar a huérfanos y ciegos: será por mi detestable rostro de desamparo que me quieren, me quieren todas como si fuera el diamante de sus culpas, como si fuera la gota que cae cada noche en sus ojos de insomnio, como a la niebla o la tarde me quieren todas y yo camino, camino hacia la intimidad del mar y su beso, al olvido que madura como fruta ajena en algún rincón de su mirada.

Hotel del fin del mundo (Inédito)

Un hotel. Alguien que se inyecta en la calle. Una mujer llorando por su hijo herido. Un letrero. Una tarde. Mi mano hurgando en tu falda. Eres la tarde, alguien que se inyecta en la calle y la mujer que llora. Yo soy el letrero que anuncia ya no puedo más, sácate la ropa primor. Habitación número 12. La falda como pétalo vencido cubre el entablado. Carretera húmeda al infierno. Explosiones como cantos en las calles. Carlota Jaramillo armoniza este final del amor, este final del mundo. Erección ácida. El mundo es una conclusión del mal. *Esta pena nuestra no tiene importancia.* Una tarde en llamas. Mi boca en tu grito rosa. El mundo no tiene por qué seguir en la ruta infame. Tercera guerra mundial en la ventana. Canción fúnebre y palpitante la tarde. Alguien sigue inyectándose en la esquina. Sonido de patrulla. Tu falda, gaviota agitada, abraza la tarde con sus alas oscuras. Me excita. Me entristece. *Ya ves que no tiene ninguna importancia.* Apocalipsis de miel. Trueno que rompe las ventanas del mundo. Un hotel en la calle ensangrentada. Habitación número doce. Habitación apretada entre tus piernas. El revólver descansa su destino. Miro por la ventana. Muerdo tus pezones hasta que sangran lirios. Hotel que estallará en pedazos esta tarde de juicio final. Quien se inyecta se levanta y se va. Grita. Se le acabó la dosis. Va por más. Empeña el riñón. En cuatro. O perrito. Llámalo como quiera. El mejor culo de mundo. Penetrarte hasta las raíces del cabello. Sobornaré al diablo para alquilar una habitación en el infierno. Tarde muda. Solo gritos y pies apresurados. Las ambulancias repletas de muertos y heridos. Un día de guerra cualquiera. Desde que amaneció el mundo. Mueves tus caderas como la montaña que me ve morir todos los inviernos, cuando amanezco con el alma acuchillada. Tu entrepierna canta y aprieta. El mundo dejará de gritar en cuatro segundos. Esta tarde durará para siempre. Kavafis. Los ríos de Alejandría. Las lenguas de Alejandría. Los senos de Alejandría. Durell besa los ojos invisibles de su Justin. Durell escribe cartas a Henry Miller. Henry Miller llora por su Mona mientras suspira entre las piernas de Anahis Nin. La televisión transmite la vida íntima de los escritores en

directo. Hotel cinco estrellas para amantes decadentes: agua caliente, televisión por cable, servicio de bar, servicio de suicidio a la habitación. Hotel del fin del mundo. La guerra palpita en la esfera suicida. Lanzo un poema sucio para iluminar la tarde. Lo lanzo al tipo que se inyecta. Herí su corazón asedo. Soy un letrado que dice hoy terminará todo. Orgasmo primero y último. Gimes. Te lanzas al vacío desde un columpio. Te agarras de mi pecho para no caer al barranco de heridas. Te agarras de mi pupila. Hasta el infinito. Ahora yo. En cuatro otra vez. Sé mi perra otra vez. Mi puta de esquina. Mi travesti niña. Te penetro hasta la infancia. Hasta la falda de tus diez años. Me caigo de espaldas en tus uñas. Ardor de la miseria del mundo. Te compartiré el vino más delicioso hecho con sangre de mar. Todos los cadáveres arrojados a las aguas. La tarde menstrua un hotel. Un apocalipsis. La trompeta. El arcángel orgiástico. Vamos a ayudar a suicidarse al mundo. Armas y gritos. Tu boca. Tu mano pulcra lanza la primera bala. La primera bomba. Siete muertos. Cuánto te amo mi amor. Todas las noches Hiroshima me explota en los ojos. Los escombros de Palestina me cierran los párpados. El ejército yankee, por error, bombardea un hospital de niños sin ojos en Irak. Ir y venir en tus caderas, tocándolas, estrujándolas. Mar y viento corren por tus senos. Para mi boca sal, para mi boca tu leche y tu vino. Para mi boca tus senos que me protegen del final. Fin del mundo en la televisión por cable, hotel para amantes asesinos. Stalin y Hitler se besan mientras escuchan el crepitar de los cadáveres judíos en los crematorios. Carne brosterisada que se vende bien en las cadenas *fast food*. Stalin estira el Archipiélago Gulag por toda Europa del Este. Cuántas armas has disparado en tu vida, primor. Cuántas ganas de matar has tenido en tu vida, amor. Me lanzo a tus ojos claros, tus ojos francotiradores y tiernos. Agua azul en tus ojos. Tu boca sabe a edén fresa. Tu espalda, sublime ola. Fin del mundo y nosotros en el deseo. Guerra en todos los rincones de la casa. Guerra en los ojos de los niños desesperados que ya no esperan nada. Crecer y matar. Hiroshima me explota todas las noches en los ojos. Los escombros de Palestina me cierran los párpados. Desayuno gas napalm en el hotel Belleclaire de Nueva York. Los piojos de los hippies ensucian la maquinaria del progreso de Norteamérica. La jeringa

de Burroughs apunta al culo de la estatua de la libertad, los misiles de Nikita apuntan al culo de la estatua de la libertad. Los misiles de Irán apuntan al culo de la estatua de la libertad. Las armas nucleares invisibles de Irak apuntan al culo de la estatua de la libertad. La cabeza de Saddam Hussein rueda por entre las piernas de la periodista que se desviste mientras anuncia los muertos colaterales en Afganistán. Hotel del fin del mundo donde preparo las armas para terminar con los restos que aún palpitan en la tierra. Rastros de ternura y crueldad en las calles. Cuerpos vendados. Ojos que corren por ahí, sin cabeza. Misiles enfermos. Tanques todoterreno vienen por nosotros. Hotel del fin del mundo. Hotel Pol Pot. Hotel Pinochet. Hotel Reagan. Hotel Thatcher. Hotel Malvinas. La guerra se riega por todos los rincones de la casa. Tiwintza. El Chaco. Del Pacífico. Porfirio Díaz. Hotel del fin del mundo en los noticieros que anuncian escaparon dos dementes y se esconden en una caverna parecida a una rosa. Hotel felicidad y sexo. Hotel con drogas de héroes norteamericanos. Se subastan los ojos melancólicos de Hendrix. Se rematan las tetas blanquísimas de Janis Joplin. Compre su estadía en el Hotel Morrison. Fin del mundo mientras te beso y disparo. Mientras soy un francotirador que pasea por tu cintura. Amor. Tarde. Metrallas. Plaza de toros el mundo. La res abierta el corazón se desangra en la arena.

* **Walter Jimbo.** Macará, Loja, 1973. Docente de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador y Magister en Estudios de la Cultura en la Universidad Andina Simón Bolívar. Ha publicado: *Y el verbo se hizo infierno*, poesía (Como parte del premio de la Universidad Central del Ecuador, 2003); *La voz del impostor*, poesía, 2006; *El enemigo en casa* relatos, 2009 (como parte del premio del Ministerio de Cultura del Ecuador); *En la tormenta la música* (poesía, 2012).